

PQ 2246
E 4
V. 2

EMU Raúl Rangel F. las

UANL
FONDO
RODRIGO DE LLANO

Esta obra es propiedad del editor. Queda
hecho el depósito que marca la ley.

FONDO
RODRIGO DE LLANO

MADRID 1891.—Imprenta de Tomás Minuesa.—Juanelo, 19



IV

LA Mariscala se hallaba dispuesta y lo
esperaba.

—Eso está bien—dijo fijando en él sus lindos
ojos, á la vez tiernos y alegres.

Cuando tuvo hecho el lazo de su capota,
sentóse en el diván y permaneció silenciosa.

—¿Nos vamos?—preguntó Federico.

Ella miró el reló.

—¡Oh! no; no antes de la una y media—co-
mo si ella misma hubiera señalado aquel lími-
te á su incertidumbre.

Cuando sonó por fin la hora:

—Bien: ¡andiamo, caro mío!

Y dió la última mano á las bandas de su peinado, é hizo varias recomendaciones á Delina.

—¿La señora vuelve á comer?

—¿Para qué? Comeremos juntos en cualquier parte, en el café Inglés, en donde usted quiera.

—Conforme.

Los perrillos ladraban á su alrededor.

—Les podemos llevar ¿verdad?

Federico los cogió él mismo hasta el coche. Era éste una berlina de alquiler con dos caballos de posta y un postillón. Federico hizo colocar á su criado en el asiento de detrás. La Mariscala pareció satisfecha de sus atenciones; después, en cuanto estuvo acomodada, le preguntó si había estado en casa de Arnoux, recientemente.

—Hace ya un mes—contestó Federico.

—Yo le encontré anteayer, quizás hubiera venido hoy mismo. Pero está lleno de complicaciones, un nuevo proceso, no sé qué. ¡Qué demonio de hombre!

—Sí, muy particular!

Y Federico añadió en tono indiferente:

—A propósito ¿continúa usted viendo... ¿cómo le llamaba usted...? á aquél antiguo cantante... Delmar?

Ella replicó con sequedad:

—No, eso se acabó.

De modo que su ruptura era cierta. Federico formó de aquí esperanzas.

Atravesaron al paso el barrio Breda; las calles, á causa de ser domingo, estaban desiertas y detrás de las ventanas se veían algunas figuras burguesas. El carruaje empezó á andar más deprisa; el ruido de las ruedas hacía que se volvieran los transeúntes, el cuero de la capota bajada, brillaba, el criado se doblaba por la cintura, y los dos habaneros juntos parecían dos manguitos de armiño, echados sobre los cojines. Federico se movía al compás del cabeceo de los muelles de la suspensión. La Mariscala volvía la cabeza á izquierda y derecha sonriendo.

Su sombrero de paja nacarada estaba adornado con encaje negro. La capucha de su alboroz flotaba al aire, y se cubría del sol con una sombrilla de satén lila, cuya punta tenía la figura de una pagoda.

—¡Qué monada de deditos!—dijo Federico cogiéndole suavemente la otra mano, la izquierda, en que se veía un brazaletes de oro de forma de barbada.—Calla, es bonita esta pulsera: ¿de dónde procede esto?

—¡Oh! hace ya mucho tiempo que la tengo—contestó la Mariscala.

El joven nada objetó á aquella hipócrita respuesta. Prefirió aprovecharse de las circunstancias, y como la seguía teniendo por el puño,

apoyó encima sus labios, entre el guante y la manga.

—Estése usted quieto, que van á vernos.

—¡Bah! ¿y qué importa eso?

Después de la plaza de la Concordia, tomaron por el muelle de la Conferencia y el muelle de Billy, donde se vé un cedro en un jardín. Rosanette creía que el Líbano se halla situado en China; se rió de su propia ignorancia, y rogó á Federico que le diese lecciones de Geografía. Luego, dejando á la derecha el Trocadero, atravesaron el puente de Jena, y se detuvieron, por último, en el centro del Campo de Marte, cerca de los demás coches, ya alineados en el Hipódromo.

Los cerrillos de césped se hallaban poblados de gente menuda. Percibíanse curiosos en el balcón de la Escuela Militar, y los dos pabellones de fuera del peso, las dos tribunas levantadas en su recinto, y una tercera delante de la del rey, estaban llenas de una multitud bien vestida que demostraba, por su actitud, culta reverencia hacia una diversión entonces nueva. El público de las carreras, más especial en aquel tiempo, tenía un aspecto menos vulgar; era la época de las trabillas, de las valonas de terciopelo y de los guantes blancos. Las mujeres, vestidas de colores brillantes, llevaban trajes de talle largo, y sentadas en las gradas aquellas, parecían como grandes macizos de flores, tacho-

nados de negro, en algunos sitios, por los oscuros trajes de los hombres. Pero todas las miradas se dirigían hacia el célebre argelino Bu-Maza, que permanecía impassible, entre dos oficiales de Estado Mayor, en una de las tribunas particulares. La del Jockey-Club contenía únicamente señores graves.

Los más entusiastas se habían colocado abajo, contra la pista, defendida por dos líneas de barrotes de madera unidos por cuerdas; en el extensísimo óvalo que describía este camino, vendedores de coco agitaban su matraca, otros pregonaban el programa de las carreras, otros voceaban cigarros, y elevábase entre todos un inmenso zumbido; pasaban y repasaban los guardias municipales. La campana colgada de uno de los postes cubierto de cifras, sonó, y aparecieron cinco caballos; la gente entró en las tribunas.

Y, sin embargo, gruesas nubes desfloraban con sus espirales, la cima de los olmos de enfrente. Rosanette tenía miedo de que lloviera.

—Tengo grandes paraguas—dijo Federico—y cuanto se necesita para distraerse—añadió destapando el cofre del asiento, donde había provisiones de boca en un cesto.

—Bravo, nos entendemos.

—Y aún nos entenderemos mejor ¿no es verdad?

—Podiera ser—dijo ella ruborizándose.

Los jockeys, con sus casacas de seda, procuraban alinear sus caballos conteniéndolos con ambas manos. Alguien movió una bandera encarnada. Entonces los cinco, inclinándose sobre las crines, arrancaron. Permanecieron al principio apretados como en masa; muy pronto se alargó, se acortó; el que llevaba la casaca amarilla, en medio de la primera vuelta, estuvo para caer; durante mucho tiempo hubo incertidumbre entre Filly y Tibi; después Tom Pouce se vió á la cabeza; pero Clubstick, atrasado desde la partida, se les reunió y llegó el primero, pasando á Sir-Charles en dos cuerpos; fué aquello una sorpresa; se gritó, y las barracas de tablas vibraron al peso de los pataleos.

—Nos divertimos—exclamó la Mariscala—Te amo, querido mío.

Federico no dudó ya de su dicha; aquella última frase de Rosanette se lo confirmaba.

A cien pasos de él, en un milord, apareció una señora. Inclinóse hacia fuera de la portezuela, entrándose luego precipitadamente; este juego repitióse muchas veces; Federico no pudo distinguir su figura. Le asaltó una sospecha y le pareció que era la señora de Arnoux. Imposible, sin embargo. ¿Por qué había venido?

Bajóse él del coche, con pretexto de pasear por el *pesaje*.

—No es usted muy galante—dijo Rosanette. El no la escuchó y adelantó sus pasos. El milord dió la vuelta y se puso al trote.

En aquel mismo momento, Federico se vió cogido por Cisy.

—Buenas tardes, querido; ¿cómo está usted? Hussonet se encuentra allá abajo. Oiga usted.

Federico intentó desprenderse para aproximarse al milord. La Mariscala le hacía señas para que fuera á reunirse con ella. Cisy la vió y se empeñó en saludarla.

Cuando se acabó el luto de su abuela, realizó su ideal de llegar á tener *cachet*. Chaleco escocés, traje corto, grandes borlas en los apatos y billete de entrada en la presilla del sombrero; nada faltaba, efectivamente, á lo que él mismo llamaba su *chic*, un *chic* anglomano y mosquetero.

Comenzó por quejarse del Campo de Marte, execrable *turf*; habló en seguida de Chantilly y de las gracias que allí se hacían; juró que podía beber doce copas de Champagne, durante las doce campanadas de la media noche; propuso á la Mariscala que apostara, acariciando suavemente á sus dos bichillos. Y apoyándose con el otro codo en la portezuela, continuó diciendo necesidades, con el puño de su stick en la boca, las piernas separadas, los riñones estirados. Federico, á su lado, fumaba, procurando siempre

descubrir lo que se había hecho del milord.

Sonó la campana, Cisy se marchó, con gran contentamiento de Rosanette, á quien fastidiaba mucho, según ella decía.

La segunda prueba nada de particular ofreció; tampoco la tercera, excepto un hombre á quien se llevaron en una camilla. La cuarta, en que ocho caballos se disputaron el premio de la villa, fué más interesante.

Los espectadores de las tribunas se habían subido en los bancos. Los demás, de pié en los coches, seguían, gemelos en mano, la evolución de los jockeys; veíaseles pasar como manchas encarnadas, amarillas, blancas y azules todo lo largo de la multitud, que rodeaba el Hipódromo. A lo lejos no parecía excesiva su velocidad; al otro extremo del Campo de Marte, hasta se creía que la disminuían y que adelantaban solo desliziándose, tocando los vientres de los caballos en la tierra sin que se plegaran sus patas. Pero volvían bien deprisa, y entonces se agrandaban; su paso cortaba los aires, temblaba el suelo, volaban las piedras, y el viento, penetrando en las casacas de los jockeys, las hacía moverse como si fueran velas; con grandes latigazos fustigaban sus bestias para llegar al poste, que era el límite. Mudábanse las cifras, y en medio de los aplausos, el caballo victorioso se arrastraba hasta el peso enteramente cubierto de sudor,

las rodillas tiesas, la cola baja, mientras que su caballero, como agonizando en su silla, se apretaba los costados.

Una disputa retrasó la última partida. La multitud, que se fastidiaba, se esparció. Algunos grupos de hombres hablaban debajo de las tribunas. Las conversaciones eran libres; las mujeres de buena sociedad se marcharon, escandalizadas con la proximidad de las loretas.

También se veían allí eminencias de los bailes públicos; comediantas del bulevar; (y no eran las más bellas las que recibían los mayores homenajes). La vieja Georgina Aubert, la que un zarzuelista llamaba el Luis XI de la prostitución, terriblemente repintada, y lanzando de cuándo en cuándo una especie de risa que parecía gruñido, estaba completamente tendida en su larga calesa, bajo una palatina de marta como en pleno invierno. La señora de Remoussot, de moda por su proceso, subida en lo alto de un break, acompañada por americanos; y Teresa Bachelu, con un aire de virgen gótica, ocupaba con sus doce volantes el interior de un caracol que en el sitio del alero tenía una jardinera llena de rosas. La Mariscala se sintió celosa con aquellas glorias; para que la notasen se puso á hacer grandes gestos y á hablar muy alto.

Algunos *gentlemen* la reconocieron y le dirigieron saludos. Ella los contestaba diciendo

sus nombres á Federico. Todos eran condes, vizcondes, duques y marqueses; y se hinchaba al ver que todos los ojos expresaban un cierto respeto hacia su buena fortuna.

No mostraba Cisy aire menos dichoso en el círculo de hombres maduros que le rodeaba. Sonreían ellos desde lo alto de sus corbatas, como burlándose de él; que al cabo dió la mano al más viejo y se adelantó hacia la Mariscala.

Comía ella con afectada glotonería un trozo de *foiegras*; Federico, por obediencia, la imitaba, sosteniendo entre sus rodillas una botella de vino.

Volvió á verse el milord; era la señora de Arnoux que palideció extraordinariamente.

—Dame champagne—dijo Rosanette.

Y levantando su copa llena, lo más alto posible, gritó:

—¡Olé por la de allá abajo; por las mujeres honradas, la esposa de mi protector! ¡oh!

Las risas se oyeron á su alrededor, el milord desapareció. Federico le tiró del vestido; estaba pronto á estallar. Pero Cisy estaba allí, en la misma actitud de antes, y con exceso de aplomo, invitó á Rosanette á comer para aquella noche.

—Imposible,—contestó ella.

—Vamos juntos al café Inglés.

Federico, como si nada hubiese oído, perma-

neció mudo; y Cisy dejó á la Mariscala con aire contrariado.

Mientras que hablaba con ella, de pié á la portezuela de la derecha, se presentó Hussonnet por la izquierda, y recogiendo aquella palabra de café Inglés, dijo:

—Lindo establecimiento; ¿pudiéramos tomar allí un bocado? ¿eh?

—Como usted quiera.—dijo Federico, que arrellanado en el rincón de la berlina, miraba cómo desaparecía el milord por el horizonte, sintiendo que algo irreparable acababa de suceder y que había perdido su grande amor. Y ¡la otra estaba allí, cerca de él, el amor facil y alegre. Pero, cansado, lleno de deseos contradictorios y ni aun sabiendo lo que quería, experimentó desmesurada tristeza, ganas de morir.

Un gran ruido de pasos y de voces le hizo levantar la cabeza; los pilluelos, montándose sobre las cuerdas de la pista, iban á mirar las tribunas; la gente se marchaba. Cayeron algunas gotas de lluvia; la complicación de los coches aumentó, Hussonnet se había perdido.

—Tanto mejor,—dijo Federico.

—¿Preferimos estar solos? preguntó la Mariscala poniendo su mano sobre la de él.

Entonces pasó por delante de ellos, con resplandores de cobre y acero, un espléndido landó tirado por cuatro caballos á la Daumont con

dos jockeys con chupa de terciopelo, con volantes de oro. La señora de Dambreuse iba al lado de su marido, Martinon enfrente; los tres se manifestaban admirados.

—Me han conocido, se dijo Federico.

Quiso Rosanette que pasaran para ver mejor el desfile. La señora de Arnoux, podía presentarse de nuevo, y gritó él al postillón:

—Sigue, sigue, adelante.

Y la berlina se lanzó hacia los Campos Elíseos, por enmedio de los demás carruajes, calestras, briskas, wurts, tandems, tilburys, dog-carts, carros de mudanza con cortinillas de cuero en que iban obreros cantando chufetas en coches de los llamados semi-fortunas, que dirigían con prudencia los mismos padres de familia. En victorias atestadas de gente, algún muchacho, sentado sobre los piés de los demás, llevaba colgando sus dos piernas fuera. Grandes cupés con asiento de paño paseaban viejas aristócratas, que dormitaban; ó era un magnífico stopper el que pasaba, llevando una silla, modesta y coquetona como el frac negro de un dandy. El aguacero aumentaba, sin embargo. Abríanse los paraguas, las sombrillas, los mackintosh; cruzábanse desde lejos las frases: «Buenas tardes—¿Vá bien?—Sí—No.—Hasta luego,» y sucedíanse las figuras con una rapidez de sombras chinescas. Federico y Rosanette no se hablaban, sintiendo una espe-

cie de atontamiento al ver tan cerca de ellos y continuamente, todas aquellas ruedas volteando.

En algunos momentos, las filas de carruajes, demasiado apretadas, se detenían todas á la vez en muchas hileras. Entonces acercábanse unos y otros y se examinaban mutuamente. De los coches con escudo, caían miradas de indiferencia sobre la multitud; ojos llenos de envidia brillaban en el fondo de los de alquiler; sonrisas denigrantes respondían á las cabezas de porte orgulloso; bocas grandes, abiertas, expresaban admiraciones imbéciles; y acá y allá, algún transeunte, en medio de la vía, daba un salto atrás de repente para evitar al jinete que galopaba entre los carruajes, logrando salir del apuro. Después, todo volvía á ponerse en movimiento; los cocheros aflojaban las riendas, bajaban sus largos látigos; los caballos animados, sacudiendo su barbada, arrojaban espuma á su alrededor; y las grupas y los arneses humeaban, en el vapor de agua que atravesaba el sol poniente. Pasando por bajo del Arco de Triunfo, despedía, á la altura de un hombre, una luz rojiza, que hacía brillar los cubos de las ruedas, los pestillos de las portezuelas, el cabo de las lanzas, las anillas de los cabezales; y á los dos lados de la gran avenida (semejante á un río en que ondularan crines, vestidos, cabezas humanas), los árboles enteramente relucientes por la lluvia, se alzaban

como dos verdes paredes. El azul del cielo, en lo alto, reapareciendo en determinados sitios, mostraba suavidades de raso.

Entonces Federico recordó los días ya lejanos en que envidiaba la inapreciable dicha de encontrarse en uno de aquellos carruajes, al lado de una de aquellas mujeres. Y ahora la poseía, esa dicha, y no por ella era más feliz.

La lluvia había cesado. Los transeuntes, refugiados entre las columnas del Guarda-Muebles, se iban de allí. Algunos paseantes, en la calle Real, subían hacia el bulevar. Delante del ministerio de Negocios Extranjeros, una hilera de papanatas se estacionaba sobre las escaleras.

Cerca de los Baños Chinos, como había algunos hoyos en el empedrado, la berlina caminaba más despacio. Un hombre que llevaba un paletó avellana iba por el borde de la acera; y en sus espaldas fué á dar un salpicón que brotó de las ruedas. Volvióse el hombre furioso; Federico se puso pálido, porque conoció á Deslauriers.

A la puerta del café Inglés, despidió el coche. Rosanette había subido delante mientras él pagaba al postillón.

La encontró en la escalera, hablando con un caballero. Federico cogió su brazo. Pero en medio del corredor, un segundo caballero la detuvo.

—Anda—dijo,—enseguida soy contigo.

Y él entró solo en el gabinete. Por las dos ventanas abiertas, veíase gente en las de las otras casas, vis á vis. Grandes manchas de agua se movían aún en el asfalto del suelo que se secaba, y una magnolia colocada junto al balcón embalsamaba la habitación. Aquel perfume y aquella frescura aflojaron sus nervios; dejóse caer sobre el diván encarnado de debajo del espejo.

La Mariscala llegó, y besándole en la frente, le preguntó:

• —¿Tenemos penas, pobre mimi?

—Quizás— replicó Federico.

—No eres tú el único. Lo que equivalía á decir: «olvidemos cada uno las nuestras en una felicidad común.»

Después puso en los labios de Federico un pétalo de rosa. Aquel movimiento de una gracia y casi de una mansedumbre lasciva, enterneció á Federico.

—¿Por qué me causas pesar?—dijo él pensando en la señora de Arnoux.

—¿Yo pesar?

Y de pié, delante de Federico, le miraba frunciendo el entrecejo y con ambas manos sobre sus hombros.

Toda su virtud, todo su rencor, quebró en una cobardía insondable, y dijo:

—Sí, puesto que no quieres darme tu amor

Y la atraía para ponerla sobre sus rodillas.

Dejábase ella; él la estrechaba su cintura, excitándose con el frote de su vestido de seda.

—¿Dónde están?—dijo la voz de Hussonnet en el corredor.

La Mariscala se levantó precipitadamente, y fué á colocarse al otro extremo del gabinete, de espaldas á la puerta.

Pidió ostras y se sentaron á la mesa.

Hussonnet no estuvo divertido. En fuerza de escribir diariamente de toda clase de asuntos, de oír muchas discusiones y de emitir paradojas para deslumbrar, había concluído por perder la noción exacta de las cosas, cegándose á sí mismo con sus mezquinos petardos. Las dificultades de una vida, ligera en otro tiempo, pero embarazosa al presente, manteníanle en perpétua agitación; y su impotencia, que no quería confesarse, le hacía anguloso y sarcástico. A propósito de *Ozai*, baile nuevo, hizo guerra cruda á la danza, y á propósito de la danza, á la ópera. Después, á propósito de la ópera, á los Italianos, que por entonces se veían reemplazados con una compañía de actores españoles, como si no estuviéramos bastante cansados de los castellanos. Federico se disgustó por su amor romántico hacia España, y para interrumpir la conversación, preguntó por el colegio de Francia, del cual acababan de excluir á Edgar Quinet y á Mickiewicz.

Pero Hussonnet, admirador de Maistre, se declaró á favor de la autoridad y el espiritualismo. Dudaba, sin embargo, de los hechos mejor comprobados, negaba la historia, discutía las cosas más positivas, hasta exclamar, tratándose de la palabra geometría:—¡Qué broma es eso de la geometría! Todo mezclado de imitaciones de actores. Sainville era su modelo predilecto.

Aquellas excentricidades fatigaban á Federico, que en un movimiento de impaciencia dió con la bota por debajo de la mesa á uno de los bichillos. Los dos se pusieron á ladrar de una manera espantosa.

—Debería usted disponer que se los llevaran;—dijo Federico bruscamente.

Rosanette no tenía confianza en nadie. Entonces volviése Federico hacia el bohemio, y le dijo:—Vamos Hussonnet, sacrifíquese usted.

—Sí, sí, amigo; mío eso sería muy amable.

Hussonnet se marchó sin hacerse de rogar.

¿De qué manera pagarían su complacencia? Federico ni se ocupó de ello. Empezaba á alegrarse de la entrevista cuando entró un mozo.

—Señora, preguntan por usted.

—¡Cómo! ¿todavía?

—Es preciso, sin embargo, que yo vea,—dijo Rosanette.

Como sentía sed y necesidad, aquella des-

aparición le pareció un delito, casi una grosería. ¿Qué es lo que quería, pues? ¿No tenía bastante con haber ofendido á la señora de Arnoux? Peor para ésta, eso era aparte. En aquel momento aborrecía á todas las mujeres, y le ahogaban las lágrimas por ver su amor desconocido y su concupiscencia engañada.

La Mariscala entró, presentándole á Cisy.

—He invitado á este caballero. He hecho bien, ¿no es verdad?

—Perfectamente; ya lo creo. Y Federico, con sonrisa de ajusticiado, hizo seña al caballero de que se sentara.

La Mariscalase puso á leer la lista de los platos, deteniéndose en estos nombres extravagantes.

—¿Si tomáramos, por ejemplo, una rueda de conejos á la Richelieu y un pudding á la Orleans?

—Nada de Orleans—exclamó Cisy, que era legitimista y creyó haber dicho una gracia.

—¿Prefiere usted un *turbot* ojo á la Chambord?—repuso ella.

Aquella galantería chocó á Federico.

La Mariscala se decidió por una sencilla cazuela de cangrejos, trufas, una ensalada de piza y sorbetes á la vainilla.

—Después veremos. ¡Andando! ¡Ah! se me olvidaba: mozo, trágame usted un salchichón, pero sin ajo.

Y llamaba al mozo, joven, golpeaba el vaso con su cuchillo; tiraba al techo las migas de pan, y quiso beber enseguida vino de Borgoña.

—No se toma de ese desde el principio,—dijo Federico.

Algunas veces se hacía, según el vizconde.

—No, nunca.

—Sí, por cierto; se lo aseguro á usted.

—¡Ah! ¿lo ves?

La mirada con que acompañó ella aquella frase, significaba: «Este es un hombre rico, escúchale.

La puerta se abría á cada paso, los mozos chillaban y en el gabinete de al lado alguien golpeaba un vals sobre un infernal piano.

Las carreras llevaron luego la conversación á tratar de equitación y de los dos sistemas rivales. Cisy, defendía á Baucher, Federico al conde de Aure, y Rosanette se encogió de hombros, diciendo:

—Basta, por Dios, él entiende más que tú de estas cosas.

Mordía á todo esto una granada, con el codo apoyado sobre la mesa; las bujías del candelabro delante de ella oscilaban con el viento; aquella luz blanquecina daba á su cútis tonos nacarados, rosa á sus párpados, brillo á sus ojos; el rojo de la fruta se confundía con la púrpura de sus labios, sus delgadas narices temblaban, y

toda su persona ofrecía algo de insolente, ébrio y ahogado que exasperaba á Federico, y le infundía, sin embargo locos deseos.

Después preguntó Rosanette con voz tranquila, á quién pertenecía aquel gran landó de librea castaña.

—A la condesa de Dambreuse,— contestó Cisy.

—Son muy ricos, ¿no es verdad?

—Sí, muy ricos, por más que la señora de Dambreuse, que era sencillamente la señorita Boutron, hija de un gobernador, tenga una fortuna modesta.

Su marido, por el contrario, debía reunir muchas herencias, Cisy las enumeraba; como visitaba á los Dambreuse, conocía su historia.

Federico, para disgustarlo, se empeñó en contradecirle. Sostuvo que la señora de Dambreuse se llamaba de Boutron, aseguraba su nobleza.

—Sea lo que quiera, yo desearía tener su tren —dijo la Mariscala, recostándose en su butaca.

Y la manga de su vestido, levantándose un poco, descubrió, en su muñeca izquierda, un brazalete adornado con tres ópalos.

Federico lo vió.

—¡Calla! pues...

Miráronse los tres y se pusieron encarnados.

La puerta se entreabrió discretamente, apareció el ala de un sombrero, y después el perfil de Hussonnet.

—Perdonen ustedes si les molesto, enamorados.

Pero se contuvo, admirándose por ver á Cisy, y de que Cisy hubiese ocupado su sitio.

Trajeron otro cubierto, y como tenía mucha hambre, cogía al azar entre los restos de la comida, carne de una fuente, fruta de una cesta, bebía con una mano mientras se servía con la otra, y á todo esto daba cuenta de su misión.

Los dos tutús estaban en el domicilio. Nada nuevo ocurría por allí. Había encontrado á la cocinera con un soldado, falso cuento, inventado únicamente para hacer efecto.

La Mariscala descolgó de la percha su capota. Federico se precipitó á la campanilla gritando desde lejos al mozo:

—Un coche.

—Tengo el mío —dijo el vizconde.

—Pero caballero.

—Sin embargo, caballero.

Miráronse fijamente en las pupilas, ambos pálidos y las manos temblonas.

Por fin, la Mariscala tomó el brazo de Cisy, y dijo señalando al bohemio sentado á la mesa:

—Cúidele usted que se ahoga, y no quisiera

que su sacrificio por mis perrillos le ocasionara la muerte.

La puerta se cerró.

—¿Y bien?—dijo Hussonnet.

—Y bien, ¿qué?

—Yo creía...

—¿Qué es lo que usted creía?

—¿Pero es que usted no...?

Y completó su frase por un gesto.

—Eh; no, jamás.

Hussonnet no insistió más.

Al invitarse éste á comer, se propuso un objeto. Su periódico, que ya no se llamaba *El Arte*, sino *El bota-fuego*, con este epígrafe: «Artilleros, á vuestras piezas», no prosperaba absolutamente y tenía deseos de transformarlo en revista, solo, sin el auxilio de Deslauriers. Habló nuevamente de su antiguo proyecto y expresó su plan del presente.

Federico, no comprendiendo indudablemente, respondía vagamente, y Hussonnet, empuñando muchos cigarros de encima de la mesa, dijo: «Adiós, amigo», y desapareció.

Federico pidió la cuenta; era grande, y el mozo esperaba su dinero, servilleta al brazo, cuando otro, un individuo pálido que se parecía á Martinon, vino á decirle:

Dispense usted; en el mostrador se han olvidado de incluir el coche.

—¿Qué coche?

—El que ese caballero tomó antes para llevar los perrillos.

Y la fisonomía del mozo se alargó como si compadeciera al pobre joven. A Federico le entraron ganas de golpearle. Dió de propina las veinte pesetas que le devolvieron.

—Gracias, excelencia—dijo el hombre de la servilleta con un gran saludo.

Federico pasó el día siguiente rumiando su cólera y su humillación. Reprochóse él no haber abofeteado á Cisy. En cuanto á la Mariscalá, juró no volverla á ver; no faltaban otras tan bellas, y puesto que era necesario dinero para poseer esas mujeres, jugaría á la Bolsa el precio de su finca, se haría rico, aplastaría con su lujo á la Mariscalá y á todo el mundo. Cuando llegó la noche se admiró de no haber pensado en la señora de Arnoux.

—Mucho mejor ¿para qué?

Al otro día, á las ocho, vino Pellerin á visitarle. Comenzó por admiraciones acerca del mobiliario, de las monerías. Después, bruscamente le preguntó:

—¿Estaba usted en las carreras el domingo?

—¡Ah, sí!

Entonces el pintor clamó contra la atonomía de los caballos ingleses, elogió los de Gericault, los caballos del Partenon.

—Iba con usted Rosanette, y empezó su elogio diestramente.

La frialdad de Federico le desconcertó. No sabía cómo llegar al punto del retrato.

Su primera intención había sido hacer un Tiziano. Pero, poco á poco, la variada coloración de su modelo le redujo; y había trabajado francamente, acumulando pasta sobre pasta y luz sobre luz. Al principio, Rosanette pareció encantada; sus citas con Delmar interrumpían las sesiones y dejaron á Pellerin tiempo bastante para deslumbrarse. Luego se apaciguó la admiración y le preguntó si su pintura no carecía de grandeza. Había vuelto á ver los Ticianos, había comprendido la distancia, reconocido su falta, y se puso á repasar sus contornos sencillamente. Enseguida había procurado, desgastándolos, perder en ellos, mezclar los tonos de la cabeza y los de los fondos; y la figura había tomado consistencia, las sombras vigor: todo parecía más firme. Por fin la Mariscala había vuelto. Hasta se había permitido objeciones; el artista, naturalmente, había perseverado. Después de grandes furoros contra su tontería, se dijo que quizás tuviera razón ella. Entonces había comenzado el período de las dudas, sacudidas del pensamiento que provocan los calambres de estómago, los insomnios, la fiebre, el disgusto de sí mismo; tuvo valor para hacer retoques, aunque sin

corazón y sintiendo que su obra era mala.

Lamentábase solo de haber sido rechazado del salón, después reprochaba á Federico de no haber ido á ver el retrato de la Mariscala.

—¡Bastante me importa la Mariscala!

Aquella declaración le envalentonó.

—¿Creería usted que aquella bestia no lo quiere ya ahora?

Lo que no decía era que le había reclamado mil escudos. En su vista, la Mariscala se había preocupado poco de saber quién pagaría, y prefiriendo sacar de Arnoux cosas más urgentes, ni siquiera le había hablado del asunto.

—Y bien y Arnoux?—dijo Federico.

Ella lo había dirigido á él, pero el antiguo comerciante de cuadros no tenía qué hacer del retrato.

—Sostiene que eso pertenece á Rosanette.

—Y con efecto, es de ella.

—¡Cómo! ella es la que me envía á usted—replicó Pellerin.

Si él hubiera creído en la excelencia de su obra, quizás no hubiera pensado en explotarla. Pero una suma (y una suma considerable) sería un mentís á la crítica, una confirmación para sí mismo. Federico, para librarse de esto, inquirió, sus condiciones cortesmente.

La extravagancia de la cifra le rebeló, contentando:

—No, ¡ahl no.

—Es usted, sin embargo, su amante, usted es el que lo ha pedido.

—Permítame usted; yo he sido el intermediario.

—Pero yo no puedo quedarme con eso entre las manos.

El artista se amostazó.

—No le creía á usted tan Cupido.

—Ni yo á usted tan avaro. Servidor.

Acababa se marcharse cuando Sénecal se presentó.

Federico turbado hizo un movimiento de inquietud.

—¿Qué hay?

Sénecal contó su historia.

—El sábado á las nueve, recibió la señora de Arnoux una carta que la llamaba á París; como casualmente, nadie se encontraba por allí para ir á Creil á buscar un coche, deseaba que yo mismo fuera. Lo he rehusado porque eso no entraba en mis funciones. Se marchó y volvió el domingo por la noche. Ayer mañana se presenta Arnoux por la fábrica. La Bordelesa se ha quejado. Yo no sé lo que pasa entre ellos; pero él ha levantado la multa delante de todo el mundo. Cambiamos algunas palabras vivas, y en fin, que me pagó mi cuenta y aquí estoy.

Después deteniéndose en las frases, añadió:

—Por lo demás, no me arrepiento; he cumplido con mi deber. No importa; pero usted es la causa.

—¿Cómo?—exclamó Federico temiendo que Sénecal hubiera adivinado.

Sénecal nada había adivinado, puesto que añadió:

—Quiero decir, que sin usted hubiera quizás encontrado cosa mejor.

Federico sintió una especie de remordimiento.

—¿En qué puedo servir á usted, ahora?

Sénecal pedía un empleo cualquiera, una plaza.

—Esto le es á usted fácil. ¡Conoce usted tanta gente! El Sr. Dambreuse, entre otros, según me ha dicho Deslauriers.

Este recuerdo de Deslauriers fué desagradable para su amigo. No pensaba volver por casa de los Dambreuse, después de su encuentro en el Campo de Marte.

—No soy bastante íntimo en esa casa para recomendar á nadie.

El demócrata pasó aquella negativa estoicamente, y después de un minuto de silencio añadió:

—Todo esto, estoy seguro, procede de la Bordelesa y también de su señora de usted la de Arnoux.

Aquel *de usted* arrancó del corazón de Federico lo poco de buena voluntad que conservaba. Pordelicadeza, sin embargo, cogió la llave de su escritorio.

Sénécal le detuvo.

—Gracias.

Después, olvidando sus miserias, habló de las cosas de la patria, las cruces honoríficas prodigadas el día del rey, un cambio de Gobierno, los asuntos Drouillard y Bénir, escándalos de la época, clamó contra la clase media y predijo una revolución.

Un *créd* japonés, colgado de la pared, detuvo sus miradas. Lo cogió, ensayó el mango. después lo arrojó sobre el canapé, con aire de disgusto.

—Vaya, adiós. Necesito ir á Nuestra Señora de Loreto.

—Calla ¿para qué?

—Por que hoy es el funeral del aniversario de Godofredo Cavaignac. Ese murió, manos á la obra. Pero no todo se ha concluido... Quién sabe...

Y Sénécal alargó la mano valientemente.

—Quizás no nos volvamos á ver nunca, adiós.

Aquel adiós, repetido por dos veces, aquel entrecejo fruncido al contemplar el puñal, su resignación y su aire solemne, sobre todo, hicieron soñar á Federico; pero bien pronto dejó de pensar en ello.

En la misma semana le envió su notario del Havre el precio de su finca, ciento setenta y cuatro mil pesetas.

Hizo dos partes del dinero, colocó la primera en valores del Estado y fué á llevar la segunda á casa de un agente de cambio para arriesgarla en la Bolsa. Comía en los restaurants de moda, frecuentaba los teatros y procuraba distraerse, cuando Hussonnet le escribió una carta contándole alegremente que la Mariscala había despedido á Cisy al día siguiente de las carreras. A Federico le agradó aquello sin preocuparle de por qué el bohemio le noticiaba la aventura. La casualidad quiso que encontrara á Cisy tres días después. El caballero puso buena cara y hasta le invitó á comer para el miércoles siguiente.

Federico en la mañana de aquel día, recibió una notificación de alguacil, en la que el Sr. Carlos Juan Bautista Oudry le manifestaba que por fallo de los tribunales había adquirido una propiedad situada en Belleville perteneciente al Sr. Jacobo Arnoux, y que estaba pronto á pagar las doscientas veinte y tres mil pesetas importe de la venta. Pero que de la misma acta resultaba que la suma de las hipotecas con que se hallaba gravado el inmueble excedía del precio de la adquisición, quedando el crédito de Federico completamente perdido.